

el bien común y las ideologías

La conciencia contemporánea se ha hecho cada vez más sensible a las dimensiones sociales y mundiales del compromiso humano. El hombre de hoy se ve realizado entregándose a los demás y más en concreto colaborando a la construcción de una nueva humanidad. Así el "yo ideal" llega a ser un "nosotros ideal" de dimensiones mundiales (1).

Actualmente tenemos conciencia de la evolución y del progreso del universo. El hombre de hoy se siente responsable de este movimiento y comprometido con él. Se siente llamado a aceptar la construcción de este mundo como su tarea y a tomar frente a la Historia una actitud creativa. El "nosotros ideal" llega a ser un "nosotros histórico y creativo", que anima la esperanza humana.

En este contexto tenemos que ver hoy el concepto del *bien común*, si queremos considerarlo bajo el aspecto de las diferentes ideologías. Porque las ideologías deben su éxito hoy esencialmente al hecho de presentarse como expresión de estas aspiraciones hacia el bien común.

El pensamiento contemporáneo es extremadamente sensible a la historicidad de la verdad. Se da cuenta de que la verdad no es un depósito que hay que conservar, sino que tiene una dimensión histórica. Esto quiere decir que según la capacidad de cada época y el concepto que tenga del mundo y del hombre, irá creciendo en comprensión humana, conquistando y aumentando cada día más la verdad. Cada época la ve en un contexto mayor y bajo una luz nueva y distinta de la anterior. El Vaticano II ha tomado conciencia de esta corriente. Lo expresa, por lo que se refiere al bien común, con las siguientes palabras: "El bien común del género humano se rige primariamente por la ley eterna, pero en sus exigencias concretas, durante el transcurso del tiempo, está sometido a continuos cambios" (2).

Este nuevo sentido de la historia y de la existencia humana ha descubierto nuevos valores personales y sociales. El hombre en su núcleo no cambia, pero ¡cuántos aspectos nuevos de su esencia y de sus formas de

auto-presentación se han descubierto en nuestro último siglo! Mientras que antes se consideró al hombre a partir del cosmos, hoy día es justamente al revés: se considera al cosmos a partir del hombre. La consecuencia moral es el compromiso total con la construcción del mundo, cuyo presupuesto es la creación de una comunidad humana. Este movimiento hacia la unificación de la humanidad hay que entenderlo bajo dos aspectos: en el *plano objetivo*, en que los lazos entre los hombres se hacen cada vez más estrechos, y en el *plano subjetivo*, la evolución de la conciencia humana hacia la solidaridad y corresponsabilidad, cuya consecuencia es la anterior unificación.

Hay que poner el acento en la palabra "evolución". La persona humana hoy, como dijimos antes respecto al mundo, no es considerada estáticamente como realidad ya constituida, sino dinámicamente como realidad que tiene que hacerse, como origen de iniciativas personales e históricas. Por tanto nunca podemos deducir lo que hay que hacer a partir de lo que ya existe sino a partir de un ideal, de una orientación que tiene su fundamento en la persona humana de su época.

Así pues los ideales, en nuestro caso el bien común, se presentan cada vez como una nueva tarea con nuevas facetas, que reflejan las aspiraciones del hombre contemporáneo. Su realización por tanto no es nunca algo completamente hecho sino un continuo quehacer. Debido a esta continua novedad los hombres no estarán nunca perfectamente preparados para su lucha por este bien y para su realización. El Vaticano II subraya esta dificultad: "...para que se llegue a esas conquistas se han de renovar antes las mentes y se han de introducir profundas modificaciones en la sociedad" (3).

El bien común afecta hoy y ha afectado siempre al género humano: "sin duda han de considerarse elementos intrínsecos del bien común las características de cada nación, pero estas propiedades no definen en absoluto de una manera completa el bien común. El bien común en efecto está ligado a la naturaleza humana. Por ello no se puede mantener su total integridad más que en el supuesto de que, atendiendo a la íntima naturaleza y efectividad del mismo, se tenga siempre en cuenta el concepto de la naturaleza humana" (4).

Precisamente por ser común a todos los hombres estas aspiraciones hacia la "suma de condiciones que consienten a los individuos y a las colectividades alcanzar su propia perfección más plena y rápidamente" (5), tienen tanto éxito las ideologías. El secreto de todas las ideologías filosóficas que se han podido encarnar en sistemas políticos ha sido la promesa de poner en práctica el bien común, presentar éste como la "única" meta que persiguen. Esta es la mayor atracción para la generalidad de la gente.

Para que una ideología haga impacto y tenga eficacia, lo importante, más que su idea teórica, es que sea accesible a todo el mundo en la práctica. Así es como debe ser expresada. Debe tener en cuenta las necesidades humanas actuales, porque éstas son las que representan los valores absolutos para el común de los mortales. A la esencia de toda ideología pertenece la decisión libre de considerar esta ideología como sistema total

y perfecto. Esta decisión lleva consigo un cerrarse por principio a la totalidad del ser, del hombre y del mundo, absolutizando un aspecto parcial de la realidad, en cuanto que ésta puede exigir que el hombre la reconozca como un todo. Karl Rahner distingue tres dimensiones de ideologías (6): ideología de la inmanencia, ideología de la transmanencia e ideología de la trascendencia. Aquí nos interesan solamente las dos primeras. La ideología de la inmanencia busca la felicidad y la salvación del hombre única y exclusivamente en el hombre mismo y en su obra. La ideología de la transmanencia a su vez parte de principios irreales e ideales del hombre y se queda en esta dimensión; sobre estos principios construye sus planes ideales.

En general las ideologías se presentan al hombre contemporáneo ilustrado con un ropaje científico. Pretenden ser un puro reconocimiento de la constitución humana, individual y social, y tener un concepto objetivo del mundo y de la existencia humana. Pero, como cada ideología persigue un interés particular, los fundamentos "científicos" quedan desfigurados en favor de ese interés. La orientación es práctica. La ideología quiere cambiar la sociedad, los sistemas normativos actuales, la situación humana. Quiere darle a ésta una forma nueva, mejor que la actual. En una palabra, quiere hacerse portavoz del conjunto en sus aspiraciones hacia el bien común.

No todas las ideologías sirven a un fin de poder político; hay también "idealistas" que carecen de toda motivación egoísta. Pero es común a todos ellos la idea de mejorar para todos las condiciones humanas. Quieren que esta mejora llegue a la perfección humana de todos los hombres, a la abolición total de todos los males en el mundo, a un orden perfecto que satisfaga todo deseo humano y que dé la felicidad completa a la existencia humana, sin riesgo alguno. Son una promesa de salvación del hombre por el hombre.

Los científicos también pueden llegar a ser creadores de ideologías, abandonando el camino de la ciencia, sacando consecuencias por su cuenta y absolutizándolas. De este modo se convierten en propugnadores de reformas sociales o éticas. Un ejemplo es Karl Marx. Fue un espíritu analítico, que se dedicó a la investigación social exacta. Los resultados a que llega están hoy día, en su mayor parte, superados por la realidad, debido a su punto de partida equivocado; pero por otra parte ha estimulado mucho el desarrollo científico de la sociología. Marx hizo de sus conocimientos una ideología, queriendo construir una nueva sociedad sin clases sociales, con unos fundamentos seudo-científicos; anunció la salvación de la humanidad por la victoria del proletariado en la lucha de clases. Absolutizó una necesidad histórica considerándola como el único origen de todos los males humanos y su mejoramiento como el supremo bien absoluto.

Otro ejemplo puede ser Sigmund Freud. En el desarrollo de sus ideas se puede fijar casi con exactitud el punto en que el tipo de conocimiento de pretensiones científicas iniciado por él se convirtió en un movimiento psico-analítico, que pretende instaurar una moral nueva y determinar un nuevo comportamiento humano.

En general las ideologías proceden no tanto de los científicos cuanto de los divulgadores y vulgarizadores, que se apoderan de los principios científicos y los convierten en una "visión del mundo" con exigencias prácticas.

Todas las ideologías se presentan de hecho como una "visión del mundo", pero en realidad no consideran más que un sector muy estrecho del mismo. Los partidarios de una ideología universalizan un único aspecto de una verdad. Al absolutizar un aspecto de la verdad compleja, cada ideología presenta un carácter fragmentario y desfigurador.

1. *El socialismo como ideología.*

Hoy día sin duda la más importante de las ideologías es el socialismo. Aunque se presenta bajo diferentes formas, lo común a todas ellas es proclamar al pueblo, largo tiempo subyugado y escarnecido, como protagonista auténtico de la Historia. El pueblo ha encontrado por fin, gracias al socialismo, su propia misión en la Historia. La meta del socialismo es el bien común. Una vez que el pueblo ha tomado conciencia de su responsabilidad, tomará en sus manos en adelante su propio destino y su felicidad. El hombre de hoy ha tomado conciencia de la amplitud del poder de su propia razón. Con ello la ideología socialista parece suministrar a las masas defraudadas un medio de presión y de expresión.

Por medio de un estudio sistemático del mundo, del hombre y de la sociedad, el socialismo persigue la transformación y la utilización de las cosas. El hombre, dice, llegará a adquirir, mediante la razón, el dominio sobre las cosas y sobre sí mismo, podrá apoderarse de ellas. "De este modo la razón es un arma de conquista: el que posee el saber, posee también el poder; y es el hombre que conoce científicamente la naturaleza y la sociedad, el que posee las llaves del destino. Él entra en posesión de su dignidad de hombre, dirige la Historia. Pero ser dueño de la Historia significa más: significar ser capaz de darse a sí mismo su propia felicidad..." (7).

Por tanto la expresión "socialismo científico" implica que el hombre es el dueño de su destino, el creador de su felicidad, que es la perfección del bien común. La consecución de esta meta se realiza según un plan o proyecto. El hombre debe construir un sistema de proporciones verdaderas, como producto de su razón y de su capacidad creativa. El acento está en la regulación de la convivencia humana. Se opone a una sociedad irracional, en que domine la explotación del hombre por el hombre. Este plan promete y asegura la promoción del bien común. El pueblo mismo es el que, mediante el despliegue de sus energías y con su sacrificio, realiza su propia perfección. El plan que un país determinado escoja para la edificación de una sociedad mejor, queda englobado en un movimiento universal y en la solidaridad del proletariado internacional. De este modo la acción política (en la cual se manifiesta el socialismo científico, por ejemplo, en el comunismo) supera su particularidad. Se inserta en el movimiento que arrastra a la humanidad entera hacia su total emancipación y así toma parte en la edificación del bien común humano y universal. "La acción política concreta queda asumida, como parte de la Historia del

Mundo, en la corriente irreversible que impulsa a la Historia hacia su destino" (8).

En resumen, el socialismo tiene una visión universal y se basa en pretensiones de razón. Interpreta el futuro como portador de las promesas de bien común, que se realizará en la sociedad perfecta. Sin duda ha sabido canalizar las aspiraciones profundas de los hombres; a esto debe, en su fase conquistadora, lo mejor de su vitalidad. Expresa el convencimiento (y en esto se revela como ideología de transmanencia) de que la condición humana puede cambiar hacia mejor, perfeccionando el ambiente social. Su fundamento está en la hipótesis de que el hombre no es más que el producto de su medio ambiente. Considera al hombre en cuanto género humano, no en cuanto individuo. Por tanto quiere conseguir el bien común del "hombre" en general, ignorando las exigencias particulares de cada individuo. Esta es la crítica más fuerte que le hacemos: "...ciertamente se habla del "hombre", pero no se refiere al individuo sino al género, a la sociedad". Así lo ha expresado el crítico de la cultura, Garau-dy (9). Él, como otros (por ejemplo, Ernst Bloch), se siente atraído por el socialismo científico, pero no acepta su concreción política. Es un hecho que el socialismo atrae más por sus pretensiones y por su actitud programática que por los resultados que pueda obtener.

2. *El liberalismo como ideología.*

Como ideología social el liberalismo muestra las mismas características que el socialismo. También él es una utopía por su creencia en una armonía prestablecida de las relaciones interhumanas; esta armonía se realizaría por sí misma, por el "libre juego de las fuerzas", sin intervención desde fuera, sin otro impulso que el de los intereses individuales. En el fondo este concepto de la humanidad no tiene en cuenta debidamente al individuo y sus exigencias, porque se fija únicamente en lo general del género humano. En particular el liberalismo se muestra indiferente respecto a los que en el "libre juego de las fuerzas" son atropellados, porque la lucha competitiva es a su vez la selección del más fuerte. Esta ideología pretende realizar el bien común más perfecto en el número de hombres mayor posible por medio de un automatismo de "equilibrio de intereses".

3. *El nacionalismo como ideología.*

Las dos ideologías antes indicadas pueden ir unidas al nacionalismo y en esta unión adquieren su máxima virulencia. El nacionalismo diviniza al hombre en la colectividad de la nación. Un nacional-socialismo, por ejemplo, tiene que reducir su promesa de bien común desde el género humano en general a una nación determinada. El liberalismo, que en su origen es universal, al convertirse en nacional, se ve forzado a la misma reducción.

4. *El estatismo como ideología.*

Se dan diversas combinaciones de ideologías socialistas con el estatismo. En éste, en cuanto ideología, el Estado es más que un puro instrumento de ejecución. La idea de Estado crece con la ideología que pretende realizar hasta identificarse con ella y convertirse de este modo en el Estado "ideal" (socialista, liberal, de la raza pura...), que realiza y lleva a su perfección el bien común. En este Estado el hombre se adora a sí mismo como colectividad de hombres autónomos. La plenitud de poder del Estado suscita la ilusión de la omnipotencia humana. En este caso el Estado es la realización del bien común y su seguridad; de él procede todo derecho. La cuestión de su legitimación está solucionada por el hecho de su existencia.

5. *El progresismo como ideología.*

Las ideologías no tienen que referirse forzosamente al orden social o político. El progresismo sabe que la evolución es la ley del mundo. La realidad es impelida por un dinamismo que la lleva al progreso: lo nuevo es lo mejor. En consecuencia el hombre mira a la perfección del bien común, que él contribuye a edificar con su acción consciente. No se resigna a aceptar como fatalidad lo que sabe que puede cambiar. Él es el dueño del progreso del bien común. Lo quiere realizar sobre todo mediante la técnica.

El carácter autónomo de esta ideología no reconoce en la evolución ninguna frontera condicionada por la naturaleza humana. Para ella el progreso se dirige al infinito, a lo desconocido. Con ello se niega toda limitación humana. Las posibilidades del trabajo creativo del hombre le parecen ilimitadas. Hay partidarios de esta ideología que interpretan el bien común como abundancia material absoluta. La perfección y multiplicación de los inventos técnicos realizará este bien común en su plenitud. Así cree que acabará con las luchas entre las naciones y entre las clases sociales. Identifica este estado perfecto con la paz eterna, en que queda abolido todo dominio del hombre sobre el hombre.

6. *Cristianismo y bien común.*

Sin duda las ofertas que las distintas ideologías hacen al bien común son para el Cristianismo una invitación. Le invitan a tomar en serio estas ofertas y demandas. Ellas necesitan ser esclarecidas a la luz de la fe, pero son auténticas en sus exigencias.

La vocación particular del cristiano es una vocación a la acción responsable y personal, una vocación que afecta a la persona y a la sociedad, así como al futuro absoluto que Dios nos ha dado en sus promesas. La teología moderna ha redescubierto hoy a Jesucristo como "el hombre en plenitud". Por tanto su seguimiento implica el crecimiento total del her-

mano, el mío y el de la humanidad “en Cristo”, no solamente en el plano espiritual. El rechazo de esta tarea como compromiso cristiano lleva consigo un empobrecimiento y mutilación en el desarrollo de los hermanos y del hombre en particular. Una frase de Karl Rahner expresa muy bien esta nueva conciencia cristiana: “El inevitable ponerse el hombre en cuestión a sí mismo debe ser sublimado en amor del prójimo activo y operante, en transformación del mundo y de la sociedad. Cuanto más humano es un hombre más conscientemente renuncia a querer ser absoluto para sí mismo y más dispuesto está a abrirse a los demás y a ayudarles” (10). El amor al prójimo, ley fundamental del evangelio, lleva consigo por naturaleza una voluntad de promoción del otro, que aspira a desplegarse y que se expresa finalmente en la voluntad de construir un nuevo mundo, en el cual las personas que queremos pueden encontrar su pleno desarrollo y felicidad.

J. B. Metz con su concepto antropológico del mundo subraya el carácter de “hacerse” mundo. El concepto cósmico-estático de mundo se convierte en histórico-dinámico de un mundo que está en camino. En su curso histórico este mundo, según el concepto cristiano, tiene que ir realizando lo que le está prometido como fin y meta auténticos; tiene que “hacerse” y llegar a ser lo que ya es por el acontecimiento de Cristo: el “nuevo mundo” con la “nueva tierra y el nuevo cielo” (Apoc 21,1). De este modo el mundo histórico en su camino va progresando bajo la primacía del futuro. Este futuro se presenta al cristiano como imperativo liberador en la situación histórica presente. Es un impulso para ayudar a que las promesas de Dios “se hagan” verdad y realidad. En esta obra hay que trabajar en tensión entre planificación y esperanza; hay que estar abierto y dispuesto a aceptar las circunstancias concretas y sus cambios como expresión de la voluntad de Dios, colaborando con ellas. Por eso el cristiano en su colaboración al bien común está siempre en actitud de búsqueda de una nueva orientación. Esta actitud y la disposición de aceptar le preservan de falsas ilusiones e ideologías, que simplifican la verdad, le abren el horizonte a la complejidad infinita del mundo y del hombre y le dan así su verdadera realidad. Creo que el bien común para el cristiano nunca será un estado perfecto intramundano. Este concepto se irá transformando y humanizando progresivamente y se preparará un espacio de libertad, en el cual el hombre pueda abrirse totalmente a Dios. La planificación del bien común queda así abierta y esta apertura trasciende lo intramundano y puede entrar y desembocar en el plan de creación-salvación de Dios con el mundo.

notas

- (1) Cfr. J. GIRARDI, *Réflexions sur le fondement d'une morale laïque*, Rev-PhilLouv 66 (1968) 510.
- (2) *Gaudium et spes*, n. 78, 1.
- (3) *Gaudium et spes*, n. 26, 3.
- (4) JUAN XXIII, *Pacem in terris*, n. 55.
- (5) *Gaudium et spes*, n. 26, 1.

- (6) K. RAHNER, *Ideología y Cristianismo*, Concilium n. 6 (1965) 44.
- (7) J. M. M. COTIER, *Atracción del comunismo ante las tareas del desarrollo*, Concilium n. 3 (1965) 86.
- (8) *Ib.* p. 90.
- (9) Sus palabras las refiere CH. HÖRGL, *Imagen cristiana y marxista del hombre*, Concilium n. 23 (1967) 560.
- (10) K. RAHNER, *Ideología y Cristianismo*, Concilium n. 6 (1965) 57.